



Sheila PASTOR

No esperes de mí los mapas.

Las derivas del viaje en la literatura hispánica del siglo XXI.

Madrid/Frankfurt: Iberoamericana Vervuert, 2023, 259 pp.

¿Cómo es posible un relato de viajes en el que la narradora no cuenta su periplo, o una travesía sin dejar de mirar la pantalla del ordenador que uno tiene en casa, o un viaje cuya narración queda cortocircuitada por la digresión, el ensimismamiento o el ensayo? Escribo estas líneas recién comenzado mi propio viaje, mientras atravieso alguna de las muchas ciudades que rodean Buenos Aires y que conducen, siguiendo un itinerario y geografía que apenas conozco y con toda probabilidad no conoceré, a la autopista que desemboca en Rosario. Es un momento y lugar adecuados, ya que el libro que se reseña nos invita a pensar las respuestas a las preguntas anteriores, y la actividad de reseñarlo aquí y ahora dialoga directamente con buena parte de su contenido. *No esperes de mí los mapas. Las derivas del viaje en la literatura hispánica del siglo XXI*, de Sheila Pastor, profesora de la Universidad de Salamanca, se centra en las novedades temáticas y formales que adopta la literatura de viajes española e hispanoamericana contemporánea. Por diversos motivos que se irán desgranando, la tarea supone una novedad muy reseñable en el estudio de un género que, a pesar de su vastísima fecundidad, ha quedado a menudo relegado en los estudios literarios.

El análisis de las obras literarias elegidas lleva la voz cantante en este libro, si bien no estamos ante un conjunto de análisis independientes, sino ante el intento de dar con algunas claves que singularizan la escritura del viaje en nuestro tiempo. O, más bien, de descubrir, definir y caracterizar un nuevo paradigma en el relato de viajes a partir de una serie de obras que se separan de las fórmulas ya sabidas (que también se siguen cultivando) y así aportan novedades formales, temáticas y conceptuales al género. Para ello, naturalmente, la autora comenta en varias ocasiones los rasgos característicos de la literatura de viajes y sus recursos más habituales en el siglo XX, lo cual hace más nítido el contraste con el corpus que está en el centro de su estudio. Todo ello se basa en una observación que podríamos extender a otras manifestaciones artísticas: la forma del relato de viajes ya no viene dada, y es en esa necesidad de construir sus propios parámetros discursivos donde surge el interés literario de la mayoría de estas obras, así como la vivencia singular del viaje que presentan.

Ahora que ya comienzo a ver solo polígonos industriales, cabe decir que nueve son las naves que almacenan la materia prima de la que surgen los cinco capítulos del libro. Se trata de los textos de Sergio Chejfec (*Mis dos mundos*), Martín Caparrós (*Una luna. Diario de hiperviaje*), Mercedes

Cebrián (*13 viajes in vitro*), Cynthia Rimsky (*Poste restante*), María Negroni (*Cuaderno alemán*), Alicia Kopf (*Hermano de hielo*), Valeria Luiselli (*Papeles falsos*), Jorge Carrión (*Barcelona. Libro de los pasajes*) y Cristina Rivera Garza (*Había mucha neblina o humo o no sé qué*), entre otras muchas menciones a otras obras. El análisis de todas ellas (tres por capítulo) se realiza de forma minuciosa, prestando también atención a cada una de las ediciones que algunos de estos libros han tenido, lo que permite descubrir numerosos matices en su significado (por ejemplo, en Rimsky o en Kopf). Ahora bien, los dos primeros capítulos no desarrollan el estudio pormenorizado del corpus que se toma como representativo, sino que se centran en presentar varios conceptos clave que aparecerán después y en explicar algunas constantes de las «dinámicas del desplazamiento» y sus escrituras en la actualidad, así como, al hilo de ello y de manera modélicamente integrada, en repasar la bibliografía existente. Esto es, dado que «existe una correlación entre la práctica social y cultural del viaje y su registro literario» (16), el objeto de los dos primeros capítulos es ante todo delimitar los aspectos característicos de la primera: «¿En qué medida la variación de los usos viajeros ha modificado sus formas de representación, el modo de contarlo? ¿A qué se debe la heterogeneidad formal del relato de viajes y qué relación guarda con las estéticas del siglo ^{xxi} y con los cambios acaecidos en el ejercicio de la movilidad?» (16). Estas son, a mi juicio, las preguntas centrales que mueven la indagación.

Uno de los principales alicientes de este libro es que permite al lector percatarse de numerosos aspectos de lo que la autora denomina «poéticas del desplazamiento» que hacen ver con nuevos ojos cualquier relato de viajes que uno lea. Más que repasar el análisis de cada una de las obras mencionadas, quiero entonces destacar algunos de estos aspectos. Uno es la pérdida de peso de la descripción (recurso fundamental del relato de viajes clásico) en favor de la digresión, lo cual marca un *vi(r)aje* (el juego de palabras es de la autora) hacia la crónica, el dietario o el ensayo. Esto último apunta a otro rasgo definitorio de «la inestabilidad del relato de viajes contemporáneo» (57): el hibridismo genérico. Al cruce de fronteras habitual del viaje le corresponde, a nivel formal, el cruce de fronteras genéricas; a la sustitución de la descripción de lo visto o visitado por la digresión y (a veces) el ensimismamiento le corresponde la errancia sintáctica (101), como es el caso de Chejfec. Esto da lugar a una deriva hacia la crónica, el dietario o el ensayo. En este sentido, uno de los aspectos más logrados del libro es su empeño por poner de manifiesto la correlación que existe entre los rasgos formales y los aspectos temáticos en cada una de las obras. Además, es destacable el uso preciso que la autora hace del concepto de viaje. Si lo pensamos, pocos dominios permiten tantos usos metafóricos como este. Casi todo es conceptualizable como un viaje: un libro, el desarrollo de una idea, una investigación, la navegación por internet, la vida entera. Este estudio, sin embargo, no cae en un uso vago o metafórico de los términos que los convierta en algo desvaído, sino que los define para luego buscar y mostrar sus límites, dado que es justamente lo que hacen muchas de las obras estudiadas.

Esto se ve con especial nitidez en los textos contruidos a partir del uso de internet (del que por cierto carezco mientras atravieso un sinfín de campos deshabitados). Como no podía ser de otro modo, la experiencia virtual tiene su lugar en el análisis que plantea Pastor, ya que nadie puede negar que «desde hace algún tiempo, todos los viajes comienzan frente a la pantalla de un ordenador» (123). Algunos, como el de Cebrián o el de un relato de Fernández Mallo, no solo comienzan, sino que continúan y terminan en este medio. Si bien una de los requisitos de la literatura de viajes es la narración de un viaje realmente acaecido (14), la autora argumenta de manera convincente que el viaje virtual entra dentro del género (124-127) y constituye una nueva modalidad que juega con sus límites.

Internet se caracteriza por ser multimedial, esto es, por dar cabida a productos o contenidos compuestos por diversos medios (lo que Elleström llama medios básicos) integrados: signos lingüísticos, imágenes, imágenes en movimiento, sonidos organizados generados por el altavoz, etc. Dada la parada del autobús en una ciudad que, según dice un deslucido cartel, se llama San Nicolás de los Arroyos, comentaré que justamente la intermedialidad de buena parte de la literatura de viajes recibe una extensa y detenida atención en este libro (fundamentalmente en el capítulo 4). Creo que hay una tendencia a que las obras adscritas a este género participen del tipo de intermedialidad que a menudo se ha denominado «multimodalidad». Esto es, la coexistencia de varios medios básicos (signos lingüísticos, imágenes, códigos no lingüísticos...) o medios culturalmente establecidos (literatura, fotografía, mapas...) dentro de un artefacto que no excede los límites del medio técnico normalmente asignado a la literatura (a saber, la página impresa, el libro). El estudio de las relaciones entre el texto y los elementos no lingüísticos en las obras de Rimsky, Negroni o Kopf es particularmente interesante, ya que estos textos cultivan una tensión constante «entre lo relatado y lo mostrado» (162), rompiendo con la tendencia a incorporar imágenes u otros materiales no verbales como mera ilustración o complemento a lo que el texto cuenta.

La autora describe estrategias intermediales que conducen a que «lo que esperaríamos que fuera mostrado —el álbum de fotos— es descrito; lo que esperaríamos leer —el periplo— es mostrado en una construcción paralela al texto, que se acerca así al álbum ilustrado» (165), como sucede en *Poste restante*, de Rimsky. Este tipo de vínculos no convencionales entre los distintos medios que constituyen la obra supone una exploración novedosa que tiene lugar en todo tipo de obras literarias de nuestro tiempo. Igual que esta reseña sabe que es una reseña, Pastor muestra que, muy a menudo, el viaje genera «teoría del viaje» (221). Es decir, el género no escapa al giro meta-referencial que inunda las artes de nuestro tiempo y participa una vez más en fenómenos que abarcan gran parte de las manifestaciones literarias contemporáneas. Por ello, justamente, este libro es de interés no solo para quienes trabajen sobre literatura de viajes, sino para cualquiera interesado en literatura contemporánea. Con todo ello, el libro consigue mostrar que este tipo de obras, esta literatura de viajes híbrida que rompe las convenciones de su género y busca nuevas formas, es en muchos sentidos un «testigo privilegiado del presente» (254).

A punto de terminar mi periplo en lo que me dicen que es Oroño y Arijón, parada previa a la estación de Rosario, y con ello esta reseña que de algún modo pone en práctica el libro leído, se imponen algunas constataciones finales: *No esperes de mí los mapas* nos permite apreciar y entender la evolución de un género literario a la par que interrogarnos sobre la singularidad de nuestros modos de viajar y nuestras experiencias como viajeros contemporáneos. Pastor, en definitiva, analiza formas no estandarizadas del relato de viajes que, características de tantos aspectos de nuestro presente, tienen altas posibilidades de llegar a ser parte del canon.

Rodrigo GUIJARRO LASHERAS

Universidad de Valladolid

rodrigo.guijarro@uva.es